

22ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 16,21-27.

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

-¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.

Jesús se volvió y dijo a Pedro:

-Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios.

Entonces dijo a los discípulos:

-El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del Hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

UN EVANGELIO PARA LA VIDA

El pasaje evangélico de hoy es continuación al del domingo pasado. Después de que Pedro, en nombre de los discípulos, profesara la fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios, **«Jesús directamente les empieza a hablar de su pasión»**. A lo largo del camino hacia Jerusalén, Jesús les explica abiertamente lo que le espera al final en la ciudad santa.

Les dice que deberá **«padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día»**. Preanuncia, pues, su misterio de **«muerte y resurrección»**, de **«humillación y gloria»**. Pero sus palabras **«no son comprendidas»**. Los discípulos tienen una fe todavía inmadura y demasiado influida por la mentalidad de este mundo. Ellos piensan en una victoria terrena y por eso **«no entienden el lenguaje de la cruz»**.

La reacción del propio Pedro, que lleva a parte al Maestro y lo reprende, así lo atestigua: **«¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte»**. Pero la reacción de Jesús es contundente y con palabras duras: **«¡Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios!»** Jesús sabe bien que Pedro y los demás discípulos tienen mucho camino por recorrer para convertirse en sus apóstoles.

Y a continuación, dirigiéndose a todos ellos, Jesús les presenta con claridad el camino que deben recorrer: **«El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»**. Siempre, también hoy, está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz, incluso más, de enseñar a Dios el camino justo, como Pedro. Pero Jesús nos recuerda que el camino de Dios no es nuestro camino, que su camino es el del amor y que **«no existe verdadero amor sin renunciar a uno mismo»**. Estamos llamados, pues, a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga de tener que **«ir a contracorriente y cuesta arriba»**

En la vida viajamos en un tren que va hacia la muerte. Nuestro yo natural, siendo mortal, está destinado a terminar. Sobre esto, al menos, no hay dudas. Y lo que el Evangelio nos propone cuando nos exhorta a negarnos a nosotros mismos, es a bajar de ese tren de muerte y a subir a otro que nos conduce a la Vida. El tren que conduce a la Vida es **«la fe en Jesús»**, que dice: **«El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá»**.

Pablo realizó este **«transbordo»** y lo describía así: **«Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí»**. Si, como Pablo, conseguimos hacer nuestro ese **«yo de Cristo»** nos convertiremos en inmortales porque Cristo, resucitado de la muerte, ya no muere más. Este es el significado de estas palabras de Pablo.

Jesús completa su propuesta con sabias palabras que desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. «**Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.**» En esta paradoja está contenida «**la regla de oro**» que Dios ha inscrito en la naturaleza humana, la regla de que «**solo el amor da sentido y felicidad a la vida.**» Por tanto, resulta claro que negarse a sí mismo no es una operación para autolesionarnos, sino el «**golpe de audacia**» más inteligente que podemos realizar en la vida, una operación «**para la vida, para la belleza y para la alegría.**»



Negarse a sí mismo consiste también en «**aprender el lenguaje del verdadero amor.**» Kierkegaard, afamado filósofo del siglo pasado, ponía el ejemplo de dos jóvenes que se aman pero son de dos pueblos distintos y de lenguas distintas. Para que su amor sobreviva y crezca es necesario que uno de los dos aprenda el idioma del otro. En caso contrario, no podrán comunicarse y su amor no durará.

Así sucede entre Dios y nosotros, decía Kierkegaard. Nosotros hablamos el lenguaje de la carne, Él el del espíritu; nosotros el del egoísmo, Él el del amor. «**Negarse a sí mismo es aprender el idioma de Dios**» para poder comunicarnos con Él, pero es también aprender el idioma que nos permite comunicarnos entre nosotros. «**No podemos ser capaces de decir “sí” al otro, si no somos capaces de decirnos “no” a nosotros mismos.**»

Y como cualquier idioma, aprender el idioma de Dios es «**costoso.**» No se aprende ningún idioma de la noche a la mañana, este tampoco, es preciso «**estudiarlo y practicarlo,**» determinación y tenacidad. O lo que es lo mismo, «**configurar permanentemente nuestra vida con la de Cristo.**»

Como dice el Papa Francisco, cuando en el cristiano permanece viva la fuerza del Evangelio, ella puede transformar «**los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida**»

Se trata, por tanto, de recurrir a la savia del «**Evangelio,**» «**leyéndolo y meditándolo cada día,**» de modo que el «**idioma de Dios**» esté siempre presente en nuestra vida y «**el idioma dominante del mundo**» no lo pueda eclipsar. El Papa no se cansa de decir una y otra vez lo importante de llevar siempre un pequeño «**Evangelio en el bolsillo o en el móvil**» y leer un pasaje durante el día.

El resto del aprendizaje consiste en la difícil tarea de «**aplicar el Evangelio, cada día, en nuestra vida.**» Como puede verse, el Evangelio está bastante menos alejado de la vida de lo que la gente cree. ¡Que así sea!